# Feminismo y Pacifismo

Por MATILDE DE LA TORRE

*Publicista.*

## I

Señores:

Al enfrentarnos con los temas de Eugenesia, sabemos que se trata de atacar los errores básicos de la moral social hasta hoy vigente. Moral a la que debemos máximos respetos, porque ella fué necesaria en otro tiempo. Pero esta reverencia hecha a su anterior utilidad no implica acatamiento absoluto a la mayor parte de sus pragmáticas. Todos admiramos las antiguas casas de traza medieval. Mas cuando edificamos la nuestra procuramos que se parezca lo menos posible a ellas. Y si acaso imitamos, por estética, su arquitectura exterior, adaptamos todos sus elementos a nuestro moderno concepto del arte de la edificación familiar. Oscuros pasadizos y estrechas ojivas que se convierten en claras estancias y amplios ventanales. Tomamos y desechamos lo que nos conviene para nuestras necesidades actuales, llevando a los museos los candiles de aceite y los braseros, para instalar la luz eléctrica y la calefacción irradiada.

Así con la moral social. El prejuicio de que las cosas son buenas o malas en lo absoluto y por sí mismas, se desvanece al resplandor de la ciencia de cada día. Nada es bueno ni malo en lo absoluto, sino relativamente en todo caso. La moral social sufre esta ley inexorable de la modificación circunstancial de las cosas. Ley dictada a su vez por otra ley superior: la ley de la Necesidad. Un sentido utilitario del progreso que adapta al momento contemporáneo el hecho antiguo. El argumento de la moral individual no modifica esta tendencia invariable de la sociedad humana. En este aspecto, el valor de las acciones individuales puede semejarse al fenómeno químico de ciertas partículas de un color determinado que, reunidas en grandes masas, producen otro color enteramente distinto.

La moral social, tal como se nos presenta en la tradición, fué durante un inmenso ciclo la propagación a ultranza de la Especie Humana. Sin

# Feminismo y Pacifismo

Por MATILDE DE LA TORRE

*Publicista.*

## I

Señores:

Al enfrentarnos con los temas de Eugenesia, sabemos que se trata de atacar los errores básicos de la moral social hasta hoy vigente. Moral a la que debemos máximos respetos, porque ella fué necesaria en otro tiempo. Pero esta reverencia hecha a su anterior utilidad no implica acatamiento absoluto a la mayor parte de sus pragmáticas. Todos admiramos las antiguas casas de traza medieval. Mas cuando edificamos la nuestra procuramos que se parezca lo menos posible a ellas. Y si acaso imitamos, por estética, su arquitectura exterior, adaptamos todos sus elementos a nuestro moderno concepto del arte de la edificación familiar. Oscuros pasadizos y estrechas ojivas que se convierten en claras estancias y amplios ventanales. Tomamos y desechamos lo que nos conviene para nuestras necesidades actuales, llevando a los museos los candiles de aceite y los braseros, para instalar la luz eléctrica y la calefacción irradiada.

Así con la moral social. El prejuicio de que las cosas son buenas o malas en lo absoluto y por sí mismas, se desvanece al resplandor de la ciencia de cada día. Nada es bueno ni malo en lo absoluto, sino relativamente en todo caso. La moral social sufre esta ley inexorable de la modificación circunstancial de las cosas. Ley dictada a su vez por otra ley superior: la ley de la Necesidad. Un sentido utilitario del progreso que adapta al momento contemporáneo el hecho antiguo. El argumento de la moral individual no modifica esta tendencia invariable de la sociedad humana. En este aspecto, el valor de las acciones individuales puede semejarse al fenómeno químico de ciertas partículas de un color determinado que, reunidas en grandes masas, producen otro color enteramente distinto.

La moral social, tal como se nos presenta en la tradición, fué durante un inmenso ciclo la propagación a ultranza de la Especie Humana. Sin

ciencia metodizada, basándose estrictamente en un empirismo temeroso, siempre expuesto al mentís de la Verdad oculta bajo los pasos del Error, la humanidad siguió su marcha en la terrible lucha con la Naturaleza. Las leyes se establecían sobre la experiencia adquirida. Pero como, aun a pesar suyo aparente, la humanidad progresaba, sus leyes, ayer justas, eran hoy injustas y desconcertaban, en un caso negativo cualquiera, todo lo construído durante siglos.

Aquella moral social, aun hoy perdurable en las ciudadelas de la tradición, sustentaba bases de elemental utilidad que resistían a todas las catástrofes experimentales. Una de estas bases primordiales era la maternidad a ultranza. El instinto primario guiaba esta exigencia social. Y hubo tiempos seguramente en los que la esterilidad debió ser el mayor de los delitos. En las escrituras de la Biblia hallamos todavía que la esterilidad era una vergüenza en las mujeres casadas. Los tiempos medievales nos muestran una teoría parecida, aunque ya mediatizada por el concepto social de la maternidad, que fué condicionada por la moral religiosa. Y la Historia política nos muestra el caso de las dinastías en las que la esterilidad de la reina era causa de verdaderas catástrofes nacionales.

La observación de esta moral social, basada en la maternidad o propagación de la especie primero y de la raza después, desenvolviéndose a través de prejuicios religiosos, nacionales, raciales y políticos, nos lleva a considerar el principio de esta moral social que en el transcurso de la vida humana planetaria había de llegar a constituir un problema terrible, originado por aquella necesidad primera. La moral de la propagación de la Especie Humana, desembocando al cabo de los siglos en el problema de la superpoblación, casi delictiva en los días presentes. Desde la moral de Jacob, cuya única riqueza eran los hijos, hasta la moral de Malthus, cuyo único peligro son los hijos.

Mirada así, desde lejos, la cuestión aparece desconcertante, porque intenta conmover los cimientos de la sociedad tal como se entendieron hasta hoy. Desde luego, un empirismo tajante nos sale al paso: La Humanidad, siguiendo los caminos de su vieja moral propagadora, ha llegado hasta los días presentes. Ha salvado abismos y catástrofes; ha soportado pestes y persecuciones de los elementos naturales y de las agrupaciones sociales. A pesar de todo, aquí está la Especie, más numerosa que nunca, más sabia que nunca, más optimista que nunca...

Sí; es cierto. Aquí está la Especie, pero esto no quiere decir que deba permanecer donde y como está. Es más: Si la Especie está aún aquí, ello se debe a que a medida de los tiempos que atravesaba, iba revolucionando sus medios de propagación y defensa, cambiando sus leyes, desechando sus errores. Aquí está la Especie, armada de una Ciencia que antes desconocía; lo que demuestra que en el camino recorrido hasta aquí ha ido eliminando los métodos antiguos por los nuevos; las ideas antiguas por las nuevas. Las catástrofes sobrepasadas y los abismos salvados indican que la Especie aprendía a defenderse a medida que los peligros se presentaban y de cada desgracia obtenía un remedio para los males subsiguientes. Las leyes sociales cambiaban de moral porque las costumbres cambiaban según la necesidad ineludible. La familia humana que se basó en el incesto, la poligamia y la polibidia, según las circunstancias de cantidad, lugar y tiempo, se separó luego en derechos familiares y raciales. Hasta que la abundancia de individuos dió lugar a la selección progresiva que pasó luego a ser el sentimiento prócer de esa misma selección: el Amor. Ese Amor que hoy escribimos con mayúscula y que juzgamos sentimiento único e invariable como garantía de perfección humana.



Y, sin embargo, ese Amor ha sido el elemento más variable, más adaptable a las condiciones de la lucha de la Especie por la pervivencia. Nosotros lo juzgamos hoy como base moral intangible de la selección natural. Pero debemos pensar que nuestro sentimiento actual del Amor es la resultante de una serie infinita de fases de la defensa instintiva biológica. Nuestro Amor actual, con figurárnoslo tan selecto, es al fin un resto del antiguo sentimiento absoluto que caldeó al instinto humano. Hoy, y según la moral social vigente, el Amor es un sentimiento complejo, condicionado por mil circunstancias de lugar, tiempo y modo; prejuicios, ambiciones, temores; de todo hay en nuestro amor social presente, menos de instinto específico y racial. Claro es que en el sentimiento del verdadero amor, del amor instintivo, late el legítimo derecho selectivo de la Especie en su acepción biológica. Pero debemos confesar que en la senda indefinida del Progreso, la Humanidad ha dejado muchos jirones de aquella antigua práctica selectiva que fué su garantía única de pervivencia. La moral social ha cambiado en esto lo suficiente para haber alterado de raíz la razón primera del ser humano. Lo que fué Amor básico, incondicionado a las circunstancias exteriores, ha pasado a ser Amor circunstancial, prejuicio social auténtico; un conglomerado de hechos heterogéneos viniendo a justificar un atropello de las leyes naturales primígenas. La Moral Social, que en los tiempos primitivos debiera de haberse escrito con mayúsculas si se hubiera sabido escribir, ha venido a esculpirse en mármoles cuando ya no justifica su cometido humano.

## AMOR FUNDAMENTAL DE LAS ESPECIES

¿Podemos imaginar nosotros el grado de Amor a que llegó la humanidad primera en su fundación de la sociedad?

Para ello necesitamos, no sólo bucear en la Historia Natural, sino impregnar nuestro espíritu en aquellos sentimientos primitivos que inspiraron la lucha por la pervivencia. Al asomar nuestra imaginación a los paisajes terribles del Secundario, cuando en las márgenes de los mares hirvientes se fundaban las primeras colonias de seres animales, la primera cuestión moral que se establece es la del Derecho. Un sentimiento primitivo de la prioridad que determina desde el primer momento la lucha de las especies. Nuestra sensibilidad debe despertarse a la observación ante el comienzo de aquella batalla oscura por la existencia; el lugar seguro, el rayo de sol, el alimento cercano... Y dentro de este Derecho naciente a la vida, la entrada de otro Derecho nuevo, ajeno, hostil al primero. La mayor fuerza del intruso; el mayor tamaño; la derrota del anterior propietario; el cambio de lugar o la desaparición definitiva de la Especie. Y como aliento de este Derecho primígeno, el Instinto de la pervivencia. Ese instinto misterioso que corre desde la ciega fecundación de las especies primarias hasta la moderna ciencia eugenética, alentando el ciclo del concepto del Derecho Universal, no por largo en apariencia, diferente en la finalidad selectiva. Toda la historia de la Creación, desde las plantas de los bosques tropicales que luchan en altura por alcanzar un poco de sol, hasta las pólvoras piroxiladas con las que el hombre discierne ahora su parte en el Derecho, son la expresión tácita o ruidosa de las modalidades de ese Derecho.

Aquel Instinto de la Pervivencia, que significó el amor fundamental de la Vida, fué entonces candente, ciego, absoluto, porque no había ningún sentimiento ajeno que le condicionara. Ese instinto que admiramos casi compadecidos en nuestros animales, que no comprenden la razón de la vida, sino estrictamente el hecho de la vida, y por eso la aman mucho más que nosotros, fué el que inspiró la lucha antigua de la humanidad naciente. La Vida era la única razón de vivir. Ni valores morales ni aspiraciones a la inmortalidad. Sin religiones ni filosofías, el latido vital era causa única y único efecto; principio y finalidad estricta de valor individual y colectivo.

Entonces fué el tiempo de la procreación heroica, de la santa maternidad en las especies. No registra la Historia el tiempo aquél, que indudablemente hubo, durante el cual, el Hombre, aún escaso sobre la Tierra, sintió arder su instinto en amor purísimo hacia su Especie. Ningún sentimiento actual puede darnos idea de lo que fueron las emociones durante el Terciario, cuando la familia humana luchaba con la Naturaleza en masa, lanzada contra ella en forma de toda clase de cataclismos. La comunidad de la lucha crea lazos de confraternidad tanto más fuertes cuanto más terribles son los peligros a correrse en común. Y bajo este aspecto, la vida social de los primitivos debió de ser profundamente apasionada en el amor y en el odio. Un amor de purísimo instinto amenazado: violento, pávido, incondicional. Pasión estrictamente animal que garantizó la humana conservación aguzando el instinto hasta convertirlo en inteligencia. Odio tan grande como era preciso para defender de los enemigos aquel amor absoluto.



La fuerza primordial selectiva estaba allí presente, calentando con su aliento astral las primeras fundaciones familiares. Pasiones de intensidad maravillosa en las que estuvo mezclada la naciente inteligencia con el supremo instinto de la conservación física. Entonces la Vida tuvo ese valor terriblemente intrínseco de lo que se ama sin razón ninguna aparente, fundamentado sólo en el horror primordial hacia la muerte. Un amor hoy absurdo para nuestras imaginaciones educadas, que se han alejado ya lo suficiente del primígeno para admitir el suicidio. Porque nosotros hemos llegado a la conclusión de que "se vive para algo", y por eso condicionamos cada día más la vida, alejándonos, en alas del conocimiento, del tremendo subjetivismo primitivo a medida que averiguamos nuestra procedencia y nuestro destino puramente astral.

Aquel Amor primitivo, materializado en la lucha formidable del instinto de la procreación con su antagónica la Muerte, creaba la vida sin medida. Era un Amor difuso en una maternidad de irreductible contumacia que poblaba la tierra de seres vivos sin preocuparse de cómo podría defenderlos; antes fiando su propia defensa en aquellos mismos seres creados.

La Especie humana, prócer en esta lucha por la pervivencia específica, debió sentir ese Amor en grado sumo y superior al de las demás especies. Era la más inteligente, pero una de las más débiles, y por eso la más amenazada. Nosotros podemos comprobar que la ternura se desarrolla en nuestro espíritu a medida que la adversidad nos acecha o nos castiga. Así un riesgo mortal acrecienta el amor por el ser familiar que le corre. La plenitud animosa de confianza nos hace duros ante el dolor ajeno. No subjetivamos ese dolor entonces, porque le consideramos lejos de nosotros. Por eso observamos muchas veces que el pueblo miserable, castigado con toda clase de dolores y privaciones, ofrece los testimonios más

conmovedores de generosidad y sacrificio. Es frecuentísimo el caso de familias proletarias que recogen niños abandonados. Son diarios los casos de salvamentos arriesgados en los que pone el pueblo un entusiasmo que no se puede explicar por la codicia o la vanidad. Es que en estas capas sociales alienta la compasión como un sentimiento ambiente, vivo en el alma porque está latente en su propia vida de miseria y de trabajo. Según frase gráfica vulgar, "El pueblo es compasivo porque sabe lo que es sufrir".

Y por esta misma razón de estado primitivo en la escasez y la ignorancia, el pueblo es cruel, vengativo y ciego cuando se levanta contra el perseguidor. Aplica la ley que sufre; su movimiento es instintivo y su ferocidad adecuada al grado de ofensas que tiene que vengar.

Pues ese sentimiento primitivo de amor y comprensión restringida de la vida, tanto más amada cuanto más amenazada, fué el que informó las edades que pudiéramos llamar de la procreación heroica; ciega ante los peligros y desafiadora del dolor universal. No había razón para defender la Vida, es cierto. Pero siendo la razón la amenguadora del instinto, la Especie Humana se defendió por instinto y no por razón. No podemos llegar a explicarnos ahora, con nuestro criterio científico, los motivos de aquella resistencia a la desaparición que hizo triunfar a la Especie Humana de todas las catástrofes geológicas haciéndola superior al medio. Y ante este fenómeno maravilloso de seguridad en su destino, llegamos a preguntarnos si, en efecto, el ser, como verbo en acción, puede tener algún motivo y algún objeto que aun no hayamos alcanzado con el conocimiento. Si el hombre, ya encaramado sobre la inteligencia, timón del instinto, vió su destino en la lejanía infinita, como la paloma mensajera avizora el palomar invisible, sin embargo, para ella. En este caso, aquel amor primígeno, defensor de la Especie Humana, debió sufrir terribles angustias ante la posibilidad de ser aniquilado sin realizar su obra. No sabría ciertamente cuál era esa obra; pero el hombre, el más frágil de los animales a los que debía disputar el derecho a la vida, sentía en sí mismo el aliento del Espíritu Transformador que se apagaría con su muerte. Se sentía vaso frágil, lleno del divino licor de la inteligencia, y sabía que ese licor precioso se derramaría inútilmente si era derrotado en las tinieblas de las especies inferiores... ¡Y era preciso defender aquella fragilísima superioridad, aquel vaso precioso que rodaba entre las duras piedras de la lucha selectiva natural!

Es entonces, indudablemente, cuando nace el mito de Dios. Una creación del valor real, puesto que tuvo fuerza de impulsión material en el ciclo transformador. Mito que tonificó las fuerzas de lucha en la Especie ya escogida. El hombre, sintiéndose inmensamente responsable de su superioridad única, depositario del espíritu interpretador y domador de la Naturaleza, temió su aniquilamiento muy posible en cada una de las tremendas crisis que le amenazaron.



Conocía ya cuáles eran las condiciones del éxito en aquella batalla a muerte dentro del caos selectivo en multiplicidad de fuerzas que luchaban por sobreponerse mutuamente. Un empirismo, conmovedor por lo infantil, le mostró las cualidades de la previsión, la fortaleza, el amor, la justicia y la constancia como necesarias para el triunfo. Y temiendo perderlas él, individualmente, las declaró permanentes e inmanentes en un Ser inmortal que en todo caso habría de proveer a la salvación ultraterrena de una humanidad obra suya.

Y en este caso, nada tan trascendental en la Historia del hombre como la creación de las divinidades, depositarias de infinita fuerza e infinita justicia, cuyas inagotables reservas habían de ir sosteniendo a la humanidad en el terrible camino del alumbramiento de la Ciencia.

Dios, que justifica las derrotas y las victorias, Motivo universal de todo avance o retroceso, era elemento necesario a la vida social ya despierta al problema del Derecho. Cuando en la Historia surge el primer relámpago revelador de la vieja contienda biológica, ya hay leyes establecidas. Leyes de hecho por la tradición. El origen de esas leyes era siempre un resultado anterior: la victoria de unos elementos sobre los otros. Leyes nacidas de la Fuerza, *a posteriori* de la acción. La lucha, en este caso, era siempre de selección por eliminación. Quedaba el más fuerte y, por eso, el que tenía razón. Una razón suprema, muy lejana ya de las razones medievales que hoy acongojan todavía nuestro espíritu. Era una razón de origen divino, estrictamente biológica. Una razón que nosotros, a medida que nos vayamos aproximando a los orígenes del misterio del vivir, nos llevará a la suprema justicia selectiva; aquella justicia inmanente que garantizó el triunfo de los mejores en las luchas que nos trajeron a nosotros hasta nuestros días.

En este proceso del conocimiento no se ha dado nunca un paso atrás. Lo de menos es considerar que el hombre fundiera los metales para hacer con ellos espadas antes que arados, los que fueron de madera muchos siglos después de trabajarse el metal. La cuestión que entonces ventilaba el hombre y que aun trata de ventilar hoy, es principal por esencia: Quién ha de arar la tierra con mejor derecho. Y empleó el hierro en el homicidio, precisamente en lucha por el derecho a la pervivencia de la Especie. Aquel homicidio fué la continuación, ya dentro de la Especie triunfante, de la lucha selectiva primera. Lucha terriblemente caótica des-

de el punto de vista de nuestra moral evolucionada, puesto que habría de vencer, no el más bueno según nuestro derecho actual, sino el más malo: el más astuto, el más fuerte, el más cruel, el más vengativo. Y conseguida la victoria, que significaba la pervivencia, transmitía el derecho adquirido a sus descendientes, que le conservaban si lograban conservar las características guerreras de su progenitor: fortaleza, astucia, crueldad.

Nuestro criterio actual del Derecho evolucionado hasta estar virtualmente transformado, se debate entre las sombras del espiritualismo medieval y la luz de la Ciencia reveladora. Olvidamos que el hombre tiene algo más que discernir en el mundo que la propiedad de las cosas: Tiene que llegar precisamente a la absoluta desvalorización subjetiva de las cosas; a cambiar el significado de los valores antignos. Las fuerzas químicas, apenas afloradas hoy a la economía social, cumplen el cometido de los metales en el primitivo. Sirven principalmente para destruir. Pero esta destrucción es simbólica a su vez y nuestros venideros la considerarán como nosotros consideramos hoy las más antiguas: como un medio de selección por eliminación. Más que las cosas y las vidas, lo que se destruye es un concepto caduco del valor de las vidas y las cosas. Todo lo que es más débil que el nuevo elemento destructivo muere aniquilado por él. Así, cuando a la aparición de un nuevo explosivo o de un nuevo tóxico, temblamos imaginando que la Especie perecerá aniquilada por sus propios rencores, perdemos de vista el ciclo histórico de la Fuerza, que en cada fase de avance renovador comienza demostrando la debilidad y caducidad de lo pasado. Los explosivos destruyeron muchas cosas, pero afloraron en la inteligencia humana un conocimiento definitivo: Que el hombre podía crear fuerzas superiores a las suyas propias; superar el esfuerzo de sus brazos; multiplicar su poder al infinito. Este acrecimiento formidable de su propio valor bien vale la terrible disputa sobre el destino de la nueva fuerza conquistada. Porque el problema no está ya en defenderse ciegamente del nuevo elemento creado, sino en asimilarlo a un nuevo concepto del Derecho. Mas como hemos observado que las diversas fases del Derecho son resultados y no causas, interpretaciones de los hechos, el camino del progreso aparece desconcertante en su dualidad de creación de fuerzas maravillosas y reacciones del sentimiento primígeno selectivo en el disfrute de la riqueza aportada. Estas crisis de revolución del Derecho bajo la presión de la Fuerza, se parecen en cierto modo al proceso de fermentación de las materias orgánicas, durante el cual parecen destruirse todos los elementos de que estuvieron formados sus individuos. Pero la Naturaleza, fuerza de fuerzas, no consiente en la desaparición de cosa alguna, y vemos cómo de aquella fermentación destructora surgen gases y alcoholes y sustancias diversas que estuvieron mezcladas en la vida de la planta y que, resistiéndose a ser destruídas, se aislan, se desintegran, se escapan y ascienden de nuevo a su pureza primitiva para infundirse en un nuevo germen que las aprovecha para su formación y crecimiento.



## MATERNIDAD SOCIAL

Cuando, en nuestro camino del progreso, logramos descubrir un valor nuevo, no hacemos sino incorporar una base positiva a la ciencia biológica. El hombre, en su adaptación al medio, siempre cambiante de la Naturaleza, estuvo miles de siglos a la defensiva, sin comprender el prodigio vital del que formaba parte. Cuando, ya diferenciado absolutamente de las demás especies, logró encararse con su campo de batalla, no comprendió nada de su origen, pero comenzó a pensar en su destino. Es decir: Que la historia de la investigación en el hombre se verificó en un sentido que pudiéramos llamar inverso, si ese término fuera lícito en este caso.

Es preciso, por lo tanto, admitir que el procedimiento seguido por el hombre ha sido lógico, puesto que no hubo opción. Así, pues, el considerar su finalidad antes que su origen, era base necesaria para el amanecer de la Ciencia. Cuando el hombre, ya consciente de su calidad superior en la Naturaleza, comenzó a discernir sobre los bienes y los males donde se desarrollaba el drama de su vida, toda su atención se concentró en construir un sistema de prioridad en el disfrute de aquellos bienes precarios cuya conquista era tan difícil.

Acuciado por el instinto, hace sus primeras adquisiciones sobre el planeta que le sostiene y le arranca sus primeros secretos. Comienza a vibrar el instrumento mudo de la tierra viva: el arte, la mecánica primitiva, la química rudimentaria, le van trayendo al momento actual en el que le pedimos cuentas a nuestro suelo desde el cámbrico hasta el aluvial. La lucha consiste en ir profundizando en lo retrospectivo; investigando las bases de las cosas. Es un avance de regresión del conocimiento, alejándose la ciencia cada día más del refugio primero del origen y destino divinos. Ya cada día le importa menos al hombre la Eternidad venidera, sino la Eternidad pasada. Es en ésta donde mira su historia, y a medida que profundiza en los cimientos de la casa que habita, se aleja de los aleros donde había refugiado su ignorancia. Comprende que la única luz sobre su futuro está en la investigación de su pasado.

Esta salvadora regresión a las bases es lo que constituye la Ciencia,

que comenzó de un modo inexorable el día en que el hombre domó la primera fuerza, sembró el primer campo y vió deshacerse el primer cadáver.

Este encaramiento del hombre con el principio de las cosas indica el poder creciente de su pensamiento. Es el trabajo de regresión sobre los pasos dados en la huída primera. Hoy, esa fuerza revisora de la realidad vivida, nos trae una cuestión nueva; tanto más nueva cuanto más básica en el fundamento de la Vida de la Especie. El feminismo. Esa cuestión, que mejor llamaríamos "hembrismo", porque en realidad es algo como sistema o teoría de la hembra. Ello implica, no la reparación de una injusticia (que no hay injusticia donde hay desconocimiento), sino la incorporación a la dinámica social de una fuerza primitiva, de un hecho primordial que nunca se presentó como cuestión a nuestro espíritu, precisamente porque era una cuestión alejada de nosotros allá en lo primígeno del fundamento de la Especie. Han sido precisamente los avances de nuestras investigaciones lo que nos ha traído a la incorporación de este valor, nuevo por lo viejo, desconocido por lo básico. La sociedad actual vuelve hoy por la mujer como volvió por el hierro, el carbón o el nitrógeno. Como vuelve por la célula, elemento primígeno perdido en los confines primeros de la vida. Bien es verdad que la progresión por la regresión del conocimiento es enteramente lógica, ya que la propia célula, para fundar su teoría individual, debió empezar por descubrirse a sí misma. El descubrimiento entrañaba ya su perfección absoluta.

"Feminismo" es, pues, una expresión de teoría biológica; término de ciencia básica que fundamentará una moral nueva al incorporar un elemento primordial al esclarecimiento del Derecho.

Y con el Feminismo se plantea la cuestión primordial de la Humanidad: Su propagación y defensa. Aquel concepto ardiente del Amor primitivo, tan intenso como era necesario que lo fuera para defender la Especie, estaba principalmente fundamentado en la misión de la hembra, guardiana de la raza y su garantía única en muchos casos.

Cuando el hombre llega a la comprensión de la sociedad primitiva, es cuando la fuerza creadora defensiva se escuda en la maternidad copiosa que comienza a ser cotizada como maternidad social. No debemos extrañarnos de que siendo tan precioso y necesario el producto de la hembra y tan ineludibles sus cuidados y tan grande su responsabilidad natural, fuese tan ingratamente recompensada por las leyes y costumbres primitivas. Ello no implica injusticia, sino desconocimiento. La Especie aprovechaba aquella maternidad próvida y abnegada como aprovecha el agua de las fuentes, los rayos del sol o los frutos de la tierra: sin sentirse



por ello agradecido; con ese egoísmo infantil tan necesario a los principios de la vida individual que todo lo acepta porque nada se explica. El prodigio de la maternidad fué acogido con la avidez incomprensiva de una sociedad niña, insensible a la ternura que inspira. Las leyes mismas no cobijaron el derecho de la mujer porque en verdad ese derecho era tan grande que no podía ser cobijado (puesto que no podía ser comprendido) en leyes tan imperfectas. Entonces se le pedía a la Especie su máximo rendimiento numérico. La terrible ignorancia primitiva no pudo ser remediada durante centenares de siglos más que a costa de la superabundancia de los individuos.

La Humanidad sabía hacer retroceder a las fieras y sabía escapar de terremotos, glaciaciones y diluvios. Pero en su terror a los peligros futuros, que preveía tan formidables como los pasados, sólo atendió durante todo el ciclo civilizador transcurrido a la procreación copiosa, ciega, a ultranza, sin preocuparse de si sus frutos se conservarían o se malograrían.

En este aspecto, aquel amor insensato de la Especie Humana nos sugiere la imagen de esas especies vegetales y animales que permanecen en aquella fase primígena del instinto, tanto más terrible cuanto más inconsciente. Esas especies, pues, se limitan a procrear ciegamente en copiosidad maravillosa de flores, frutos y semillas de cuyo destino nada saben ni casi les interesa. Todos hemos observado alguna vez en un huerto las ramas del peral o del manzano, tan sobrecargadas de fruto, que se rompieron al primer viento que sopló.

Y ante ese espectáculo tan frecuente nos echamos a dudar de la sabiduría de la Naturaleza. Como dudamos de nuevo ante el espectáculo de la madre proletaria que produce catorce o diez y seis hijos, la mitad de los cuales ha de morir tempranamente y la otra mitad ha de quedar casi por entero tarada de diversos modos, y sólo excepcionalmente se logran uno o dos ejemplares fisiológicamente dignos de transmitir la vida a la descendencia.

Mas este juicio adverso contra ambas manifestaciones del instinto vital que tiende a propagar la vida a ultranza, no es todavía justicia. Lo cierto es que, aceptando el verdadero significado de las cosas, ambas fuerzas, el árbol y la madre, proceden por idéntico mandato de ley necesaria. Mientras ellas no sepan fijamente cuáles son las condiciones del triunfo en la lucha por la pervivencia, se atienen al movimiento primo de acopiar elementos de defensa de esa Especie. La Vida, para ellas y hasta ahora, sólo está garantizada en la multiplicación indefinida de los ejemplares. Buenos, malos o peores, allá los envían a la concurrencia universal por

el mantenimiento de la vida. Un empirismo fatal las lleva a considerar que la fortaleza del ejemplar no garantiza su triunfo individual sobre el medio y ni siquiera la segura transmisión de sus características de tipo. Las madres humanas vieron de siglos atrás cómo los ejemplares más fuertes sucumbían a veces en accidentes que eran resistidos por ejemplares débiles. En nuestros mismos días nosotros hemos asistido al espectáculo desconcertante de aquella gripe del año diez y ocho, que pareció cebarse de preferencia en los individuos más robustos, asistiendo a casos de lamentable resistencia y aun de inmunidad absoluta en individuos aparentemente enfermizos. Lo que no demuestra otra cosa sino que aun nuestra Ciencia no ha arribado a las conclusiones definitivas en cuanto a las reservas orgánicas apropiadas a cada peligro.

Esta ceguera aparente de la Naturaleza no tuvo en la historia natural más antagonista que la ceguera aparente de la procreación. Sin analizar causas ni pensar en motivos científicos, la madre se atuvo a producir hijos a montones, cumpliendo con ello el deber elemental de rellenar los claros causados por la muerte. El cerrar los caminos de esa muerte era empresa que necesitaba muchos siglos y no se la podía esperar.

Cierto es que con ello se perpetuaron muchas taras fisiológicas y habría degeneraciones raciales verdaderas. Pero también lo es que los principios generales de la Vida se salvaron gracias a este movimiento del Instinto ciego. Quien observe hoy el número inverosímil de gérmenes de insectos o de peces que deposita la hembra en sus nidales, tan terriblemente desproporcionado con el de individuos que han de lograrse, no debe imaginar ciegas a las hembras del pez o del insecto. Es que el instinto las avisa de que si ha de salvarse algo de su estirpe es menester que ésta sea más copiosa que los peligros que la acechan. Una picotada de gorrión destruye millones de gérmenes de insectos. Una alteración de la temperatura del agua o unos gramos de esencias, de minerales, etc., basta para anular una generación entera de peces que son barridos de un lugar para varios años a veces.

Y por lo que toca a la especie humana, tenemos los ejemplos de las grandes pestes del medievo. La humanidad, que a duras penas había escapado de las inundaciones, terremotos y glaciaciones, se enfrentó con un enemigo nuevo que la diezmaba y a veces, como sucedió con la famosa Muerte Negra del siglo XIII, corrió un serio peligro de desaparición completa, pues llegaron a fenecer las dos terceras partes de la población total del mundo entonces conocido.

Fácil es sospechar también en aquélla y en otras famosas pestes anteriores y subsiguientes las características terribles de la gripe del diez y



ocho antes aludida, es decir: que fueran precisamente los individuos más robustos los principalmente atacados. En cuyo caso, como en el eterno de las guerras en total, escaparon a la muerte sólo los débiles y los defectuosos. Y si esto fué así algunas veces, debemos suponer, sin grave riesgo de inexactitud, que la especie humana ha sufrido varias selecciones negativas durante su historial.

Mas no juzguemos que esta disminución de la calidad física de sus individuos hizo retroceder en modo alguno el Progreso, porque él es ley de la vida. Antes al contrario, el instinto salvador hace de los seres débiles los más precavidos. Cobardes ante el peligro que no saben apartar, aprenden a soslayarle guardando su vida que sienten amenazada por enemigos irresistibles. Aumentan sus dotes de mimetismo natural y social; se ocultan, se adaptan a la nueva modalidad vital y en la lucha aguzan el instinto que se hace previsor, astuto, pasivo y resistente. Principio defensivo observado hoy en las células que, ante el medio adverso, se esporan, se revisten de cera o quitina y se defienden de los agentes contrarios aguardando tiempos mejores.

Todos los adelantos de la Ciencia se deben precisamente a la impotencia del hombre frente al medio natural. El deseo de sustraerse a la fatiga creó la palanca, la rueda y la excéntrica. Las pirámides de Egipto se construyeron por una raza poco corpulenta, más bien débil, en la que la multitud de los trabajadores suplió a la fortaleza ausente de los brazos.

Según esta teoría, la mujer, más débil en fuerzas físicas activas que el hombre, fué la madre de la previsión y la amparadora de la debilidad. No puede acusársela de ello en lo pasado. Gracias a esta moral primitiva de amparo de la vida en absoluto, hemos aguzado el ingenio. Es seguro que a fuerza de saber que se podían sustituir las piernas cayese el hombre en la idea de sustituir las alas.

Y ha sido precisamente la tarea de enmendar lo defectuoso y de robustecer lo débil donde el hombre perdió el miedo al Mal como valor absoluto, y acabó por reducirle a una relatividad cada día más tranquilizadora. La Ciencia no es hija de la fortaleza, sino de la debilidad. En este aspecto, la figura de Esopo, escapado casualmente a la eutanasia espartana, es un testimonio desconcertante.

## MATERNIDAD POLITICA

En el proceso civilizador hemos de observar que los ciclos de evolución son cada vez más cortos a medida que son más intensos. Miles de siglos duraron acaso las épocas primeras de la separación de los elemen-

tos astrales y la diferenciación de las especies orgánicas, y centenares de siglos los de selección de la Especie Humana, ya triunfante sobre las demás Especies.

Mas luego, a partir del ciclo histórico, el avance se verifica en progresión geométrica. Vencidas las primeras terribles dificultades del camino, la velocidad aumenta en razón directa de la comprensión del medio. Las crisis del punto muerto son vencidas más rápidamente cada vez por razón de la inercia adquirida en la velocidad progresiva.

Esta progresión es producida por la acumulación de fuerzas revisoras que en cada ciclo aumentan en potencia y en número.

Aquel primer instinto utilitario que impulsó a la Especie en sus primeros acopios para la lucha de selección primígena, continuó en los ciclos posteriores hasta llegar a presentar en su mismo sistema de defensa su propio problema y su propio peligro. El de la superpoblación, entonces aún "posible". Cuando la Humanidad llega a los primeros siglos de civilización histórica, ya la encontramos enredada en el maremágnum tenebroso de la guerra política. No es que aquella humanidad fuera mucha: era sencillamente demasiada. "Mucho" es término que implica abundancia efectiva; "demasiado" indica superabundancia relativa. Dos personas son muy poca gente, pero son demasiada gente si quieren sentarse en una sola silla. Así la humanidad del antiguo y el medievo. Son demasiados hombres, aunque son muy pocos hombres. Ello depende de la escasísima riqueza a repartir. Y la paradoja se hace monstruosa cuando consideramos el hecho de que precisamente por ser pocos resultaban demasiados. Ignorantes de toda industria, aquellas generaciones necesitaban extensiones grandes de terreno donde hacer el cultivo tanto más extensivo cuanto más atrasado en procedimientos. Huérfanas de Ciencia que previniese o remediase los males naturales, las poblaciones eran a veces arrojadas de sus territorios por inundaciones, pestes o sequías. Entonces, la Ecumene sólo hallaba el remedio en la emigración en masa. Iban los pueblos errantes por los desiertos de Europa o de Asia, pisando un planeta hostil que les negaba sus secretos preciosos. Cuando hallaban un terreno cultivado, se lanzaban sobre él. Como aquel terreno tenía una ciudad cercana, de ella salían los perjudicados y se entablaban aquellas sempiternas guerras de acomodación inmigratoria en las que se vulneraban todos los principios de solidaridad humana cultivados en la lucha con la Naturaleza misma.

Es el eterno ciclo de la evolución renovadora. El Poder Político comienza a constituirse según la fuerza de los pueblos en pugna. Es más fuerte el más rico en material humano. El hombre es un valor como guerrero. La mujer es un valor como productora del guerrero. Al entrar la Humanidad en la nueva fase de dilucidación del Derecho a la pervivencia, continúa la lucha selectiva primera bajo los mismos principios del secundario, respecto de los primeros animales.



Aquellos pueblos que guerreaban por el suelo fértil ejercían un derecho primordial: el de la salvación ecuménica. Pero tropezaban en su acción con el Derecho no menos sagrado de los pueblos ya establecidos que se veían obligados a defenderse.

Este origen terrible de la guerra es la dificultad verdadera con que aún tropezamos hoy. Ella fué originada por la interpretación del derecho a la pervivencia. De aquel Derecho universal que a todos asistía, resultó una moral universal que todos preconizaban. Por eso cuando nosotros hemos llegado a declarar la guerra contraria a todo Derecho Ideal, hemos corrido un eslabón a la cadena fatalista de la necesidad de las guerras. Porque no es que hayamos destruído la teoría del derecho de selección, sino que le hemos aplicado una norma nueva: la de comenzar por seleccionar los términos de ese Derecho primígeno, revisando la vigencia de sus métodos.

La guerra, al igual que la Tierra, fué plana en su día, para las inteligencias anteriores a la ciencia geográfica, fué justa y santa porque hizo falta que lo fuera. Era sencillamente necesaria. Como el mito de Dios fué elementalísimo para sobrepasar las crisis de desaliento en la ignorancia y el dolor. El estado del concepto del Derecho en aquellas épocas hacía árbitro infalible de la justicia a la violencia.

Más sucede que en el ciclo Moderno la violencia no es ya la salvaguardia de la vida colectiva, sino de la ambición de una minoría. Cuando en la civilización aparece el "sentimiento político", que es cosa nueva, nadie se preocupa de buscarle nuevos cauces de pervivencia. Se le mantiene con los medios antiguos de selección de la fuerza bruta. Los Estados resultan tribus gigantescas; los ciudadanos, trogloditas con fusil. El Derecho cavernario dilucidando las cuestiones nuevas.

La maternidad es entonces un valor nacional de fuerza en la cantidad. Se necesitan soldados que defiendan el Estado bajo la forma de Patria. Claro es que el conflicto proviene precisamente de la confusión entre los dos términos: Estado y Patria.

La Patria es el concepto ampliado de la tribu guerrera; el Estado es la conquista de la civilización. Mas sucede que la civilización camina a pasos más lentos que la costumbre. El Estado es término perfecto de ciudadanía, pero hay que defenderle por los medios con que se defendió la primera tribu humana. De esa discordancia entre la conquista del es-

píritu y la pobreza de los medios, nace la confusión del Estado y la Patria.

La Patria es concepto nuevo. Hace cuatro siglos no existía ni aun como concepto y ya está en crisis de desaparición. Es un término de transición entre el viejo y el nuevo Derecho Político, y apareció como "deber moral" precisamente porque desaparecía la "necesidad material" de defender el territorio ecuménico.

La Patria antigua "no era" un valor espiritual que comprometiese con deberes "de honor" al ciudadano. Se trataba de una extensión material de terreno ni aun bien deslindado siquiera, que variaba fácilmente de dueño y cuya pérdida o ganancia significaba poco como garantía política. El sentimiento patriótico se reducía a un instinto de seguridad precaria, porque la invasión era la esclavitud o la muerte. Más tarde, la guerra perdió aún ese carácter de seguridad personal y se redujo a cuestiones de derecho feudal con un vago sentimiento de territorialidad sin fronteras fijas, sin himnos y sin banderas nacionales. El instinto de la conquista traducía la inquietud física de una Ecumene que vivía sobre el bandidaje político-guerrero sin el sentimiento de responsabilidad moral frente a la derrota y sin el prejuicio absurdo del honor patriótico solidario del Estado.

Pero hemos de considerar que la Humanidad no obra tan a ciegas y que todas sus acciones tienen una finalidad, aun cuando sea incógnita para ella.

Para comprender el motivo de las guerras medievales finales, pasada ya la época de las terribles guerras de acomodación (guerras de inmigración), debemos examinar aquellas condiciones de vida. La Humanidad hacía siglos que estaba en vías de civilización progresiva bajo el antiguo Derecho de Pervivencia. Los métodos defensivos preventivos eran los mismos de la época troglodítica: el aumento de población. Nadie se asombre de que yo hable ahora de una superpoblación medieval, porque ella es cierta. Ya hemos dicho que todo valor humano es relativo, porque la civilización es un continuo devenir que modifica todas sus fases.

Así, pues, en el Medievo y el Moderno primitivo, la Ecumene, atenta a reparar los daños de pestes y guerras, procuraba propagarse lo más posible. La hembra era la garantía de la fuerza del Estado. Cada lanza requería dos brazos y se precisaban muchos miles de lanzas. Tengamos en cuenta que aquella época no conoció el maquinismo. El motor mecánico, que luego había de constituir el caso de guerra por exceso, era desconocido; y el caso de guerra lo constituía precisamente el defecto. No había industria que ocupase aquellos millones de brazos ociosos precisamente porque el grado de civilización inferior no poseía los elementos que el individuo reclama hoy. Sin medios científicos de labrar los campos; con pocos y ruines ganados; analfabetismo universal; sin libertades políticas que acuciasen la actividad espiritual, la Ecumene atravesaba en aquellos siglos una crisis de transformación del Derecho de gentes que no pudo resolver porque aun hoy día no está resuelta: Era sencillamente la crisis de los "sin trabajo". Sobraban hombres. Sobraban acaso porque faltaban, pues se trata de un círculo vicioso que sólo el progreso mecánico puede vencer. La guerra no era una necesidad defensiva, pero era una "ocupación". Se era soldado de oficio porque no había oficios bastantes para tanto soldado. El piquero medieval, como el escopetero moderno, no habían abandonado un taller o una fábrica o una planta eléctrica para alistarse. Habían abandonado una cabaña miserable donde vivían de las migajas del señor feudal. Cuando eran militares recorrían el suelo en bandas, matando y robando, y se llamaban "soldados". Cuando eran paisanos, recorrían el suelo en bandas más pequeñas, asesinando y robando, y se llamaban "bandidos". Pero en realidad sólo eran "desocupados". Gente que no teniendo nada que hacer en la sociedad, sobraba realmente. Aquellas guerras representaban un malestar social que no podían definir sus generaciones, pero que consistía en la falta de elementos civilizadores.



La cuestión naciente se desenmascaró aún más a partir del Moderno: En el siglo XVII, el soldado profesional ascendió de categoría. Con el relativo perfeccionamiento de las armas de fuego y la estrategia francesa, los ejércitos adquieren una importancia terrible como árbitros de la política. Definen el Derecho Viejo en agresiones triunfales. Llenan la Historia de "heroísmo", "gloria" y otras fantasías. El hombre comienza a perder la noción exacta de los motivos primígenos de la lucha que eran la selección natural y la conservación ecuménica. Por eso redobla su entusiasmo en la guerra. Se lucha más apasionadamente por lo misterioso que por lo real. Las madres proveen entonces, como siempre, de combatientes por el Derecho; pero que ya no luchan precisamente por el terreno necesario para el huerto o la mies, sino por "la frontera de la Patria", la cual es intangible para cada uno de los vecinos, pero cuyos respectivos deberes patrióticos estriban en cambiarla de lugar.

Pero el motivo verdadero permanece oculto, porque no le es dado al hombre desentrañar los problemas que él mismo se plantea.

Es que la aparición de la nueva peste social acusaba la necesidad de un avance en el ideario. La definición de la Fuerza como número de ciudadanos combatientes aparejaba indefectiblemente el remedio como cau-

sa de la enfermedad: A medida que aumentaba la población era menester buscarla actividades. No bastaban los sentimientos religiosos que se llevaban miles y miles de seres a los monasterios. Los frailes también debían comer. No bastaban las pestes, ni la falta de higiene elemental: Los supervivientes se multiplicaban geométricamente. No bastaban el misticismo ni la tiranía que depauperaban la raza: Los débiles se aferraban a la vida desesperadamente.

Mientras tanto, la Biblia continuaba vigente con su "Creced y multiplicaos..." Malthus no vivía entonces porque su tiempo no era llegado. El problema estaba en pie, pero bajo aspectos contrarios a los que más tarde le agrandaron. Ello indica que el problema es exacto en sus características invariables, ya que en todas las circunstancias, por defecto de la Industria y por exceso de la Industria, se ha planteado bajo la misma forma. Pero en realidad, si la teoría de Malthus hubiese sido conocida entonces y sustentada hasta hoy, ella hubiera devenido hacia la conclusión circunstancial del Derecho. Que el problema humano, siempre cambiante en el progreso indefinido, se encierra tercamente en los moldes de un Derecho siempre mil años retrasado con la realidad ecuménica.

Así, ante el avance de la ola siempre aumentada, de usufructuarios de la riqueza social, y no pudiendo repartirla entre todos por igual, porque es muy escasa, sólo atiende al expediente del "derecho de selección por la fuerza". Pierde de vista los términos extremos: causa y finalidad, y sólo atiende al medio práctico presente; lo poco que hay se otorgará al más fuerte.

Se confirma esta teoría cuando en las últimas guerras del Moderno, ya en las lindes del Contemporáneo, vemos cómo la Industria naciente y el Comercio precario se mezclan en la contienda patriótica. La Ciencia, que continúa aumentando luminosa y subrepticiamente, como aumenta la luz del amanecer, ha creado la economía política, que no se llama así, pero que tiene ya su realidad. Y esta nueva ciencia es un hilo más que se añade a la maraña de la crisis idearia y acaba de enredar los pies de la sociedad. Ya Carlos III, como medio de represalia guerrera contra los ingleses, prohibe la entrada en España de mercancías de Inglaterra. Ya hay aduanas rudimentarias, pero aduanas. Ya el dinero del comercio y de la industria entra como factor de la guerra "patriótica"...

¡Es que la luz comienza a hacerse sobre la crisis que se manifiesta por fin en su verdadero aspecto de lucha económica!

Cuando a principios del Contemporáneo asistimos a las guerras diecinuevinas que marcan el apogeo del romanticismo guerrero patriótico,



asoma por el horizonte un nuevo factor de avance del Derecho: La invención de las Fuerzas Mecánicas.

Aparecen cuando comienza a decaer precisamente el sentimiento religioso sacudido por los enciclopedistas. Cuando la Libertad Política alienta en núcleos aislados de vitalidad formidable. Cuando la tiranía del viejo Derecho Político comienza a ser discutida...

Por entonces aún parece una frase grande el dicho de Napoleón ante el campo de batalla sembrado de cadáveres: "Una noche de París remediará esto." Pero es ya el último resplandor de la Fuerza por el Número. El soldado, sin saberlo él mismo, hace tiempo que es "un hombre"; un ciudadano. La vida humana comienza a tener un valor hasta entonces desconocido porque el medio ambiente ha mejorado. Ya el oficio de soldado es más penoso que la vida civil, porque la vida civil tiene algo que ofrecer al hombre que antes no tenía. Y el precio de la vida individual aumenta porque aumenta la categoría del mercado. Comienza el tiempo en que la mercancía Hombre se ha de valorar como valor absoluto del Mundo.

## MATERNIDAD INDUSTRIAL

En la evolución civilizadora en busca del Derecho, hay una crisis sentimental: La que señala Malthus con su teoría económica.

Si Malthus hubiera inventado una máquina de guerra capaz de destruir un millón de hombres por minuto, no hubiera hecho detenerse ni un minuto a la Humanidad en su camino. Pero Malthus mostró a los humanos un fantasma de forma nueva que por un momento los aterró.

No es lo mismo para la psicología del hombre el morir que el no nacer. La Muerte es antagónica de la Vida, y por eso su círculo vicioso: donde está la una, está la otra. Mas el no nacer carece de antagonista, porque la Nada no es antagonista de la Vida, sino su negación absoluta.

Ese fantasma de la Nada es el que la sociedad vió agazapado tras la economía malthusiana, y un movimiento de horror rechazó la visión siniestra.

Sin embargo, tras de ese movimiento de horror estaba la aceptación de la teoría. Nadie se horroriza de lo absurdo, pero sí de lo posible. Y en la economía de Malthus había una verdad tan luminosa que cegaba. La sociedad se cubrió los ojos inútilmente: la luz deslumbradora se filtró a través de los cuerpos hasta entonces opacos y que fueron traspasados por la realidad triunfante.

La nueva teoría revolucionaba por el sistema más eficaz: volver las

cuestiones al esquema primitivo. El pleito social, por arte de unas palabras y unos números, volvía al tiempo prehistórico, cuando el hombre buscaba las raíces para alimentarse; cuando la Especie Humana pudo, en algún momento, ser aniquilada. Sólo que ahora, en vez de ser aniquilada por defecto, podía serlo por exceso.

El escalofrío que recorrió la medula de la sociedad estaba justificado por la experiencia adquirida. La Familia, base de la Vida, constituía un problema cada día creciente. La maternidad, antes benemérita, se tornaba amenazadora para la seguridad general. Es una industria de reposición de fuerzas que sobrecarga su propio mercado.

Nunca hemos analizado el hecho de que sea precisamente a partir de la teoría malthusiana cuando se acusa el "feminismo" como un valor social. Es ello que la trascendental escuela económica le da importancia política al elemento hembra, productor de la vida física en la maternidad. Esa maternidad es la que constituye el problema. La mujer, madre de soldados, rebasa su cometido de dar soldados a la sociedad. Es que la Ciencia misma de la destrucción comienza a fracasar en su cometido de descongestionar las filas de consumidores que se alinean en los campos de batalla. ¿Dónde habrá metralla suficiente para eliminar de la concurrencia a esas masas de estómagos que trabajan por el rancho?

No han bastado ni la peste ni el cataclismo geológico. Con todos esos elementos destructores puede la Madre Proveedora. Las matemáticas malthusianas hacen el balance y denuncian que la Humanidad muere apoplética de consumidores.

La sociedad que hasta entonces cree haber caminado a ciegas por el camino de la barbarie guerrera, se halla de pronto con que sólo ha sido guiada por el instinto. La guerra era un medio de vida y un medio de muerte: ambas acciones necesarias al esclarecimiento del Derecho posterior. Ahora, de pronto, se halla frente al paso decisivo de la Ciencia:

El motor mecánico.

Si antes, aun a pesar del telar de mano, de la rueca, del candil de aceite, del camino de herradura, del yunque y del molino de rueda, tenía necesidad de guerrear para entretener su sobrante de brazos ociosos... ¿qué hará ahora cuando un telar viste a diez mil hombres, un trósil hila millones de kilómetros de algodón, un cable ilumina a millones de habitantes, un motor muele millones de hectolitros de trigo y una fundición lanza el metal a chorros por sus altos hornos?

Ahora la sociedad puede mirar hacia atrás y explicarse la crisis del patriotismo heroico como una válvula de seguridad que enganchaba a la solución de la muerte a millones de los hombres que sobraban. Ahora, en



vez de escandalizarse de aquel entusiasmo vesánico, debiera tratar de resucitarlo para su remedio urgente.

Y así lo hace. La natural derivación de la escandalosa doctrina malthusiana es el movimiento de huída de la sociedad espantada ante el hecho cierto. Los sentimientos religiosos puestos en quiebra por el avance de la filosofía, tratan de rehacerse en fórmulas modernas, barrocas o simplistas. El sistema estatal acentúa sus características de "Patria Militar" que define el Derecho como privilegio para sus ciudadanos. Hay una regresión heroica hacia las tinieblas antiguas, en cuya densidad siquiera no se ven los contornos del fantasma del gran Problema..

Y una exaltación del Poder Político preconiza el aumento de la natalidad "nacional". Los Estados fuertes modernos premian las familias numerosas. El Kaiser apadrina el octavo hijo de cada matrimonio. Se legisla contra la soltería... En la terrible magnitud del movimiento de regresión hacia el sistema viejo se adivina la formidable pujanza del sistema nuevo. Nadie quiere mirar a la cara los dos factores básicos que han venido a encontrarse en su tarea de aumentar la población de la Tierra:

La Mujer y la Máquina.

La Mujer, máquina productora de hombres.

La Máquina, multiplicadora del trabajo de los hombres.

¿Entonces...?

El Viejo Derecho se sobrepasa en su función social anticuada. No cuida de la calidad, sino de la cantidad. Preconiza la producción sin condiciones: Para el Estado y para la Iglesia, un individuo humano es siempre un ciudadano. No mira si es cojo, manco, tuberculoso, ciego o idiota. Es "un hombre" y basta. Enganchado a la vieja máquina social, él dará su rendimiento: de bacterias o de metros de tela, es igual. Pagará su cédula, empuñará el fusil, arará la tierra. Mal o bien, es lo de menos. Cuando aumenta el pauperismo físico, se fundan asilos y hospitales, y allí se cuida de las vidas inútiles, gravosas, perjudiciales inclusive. Es que se quiere animar a la Especie en su tarea de superabundarse a sí propia. Es que el Instinto ciego riñe su batalla con la Inteligencia zahorí.

Claro es que en medio de este engranaje hay un factor esencial: Ese poder que hemos llamado Capitalismo y que es el que aprovecha las fuerzas sobrantes de la humanidad aumentada en gran desproporción con su riqueza. Pero el Capitalismo es una palabra sola: No tiene corporeidad. Se trata de un mote aplicado al Sistema Antiguo; es la personificación del Viejo Derecho, todavía firme cuando virtualmente han sido socavadas sus bases. Edificio de trabazón tan formidable que resiste en su contextura al vacío social ideario. La Humanidad está en el trance de crisis

efectiva de ese Viejo Derecho. Una crisis presentada hace cuarenta siglos y que ahora comienza a resolverse porque es la primera vez que ofrece contornos claros.

En esta crisis básica, el Capitalismo o Viejo Derecho perece también, arrastrado en la quiebra escandalosa de los antiguos valores que le salvaguardaron: Religión, Patria, Historia, etc. Y ello es porque, paralelo a ese Viejo Derecho que acaba de apurar sus últimos recursos sociales, corre otro Poder formidable que con su aliento vivifica y acrecienta más cada día el germen de la Revolución Humana: la Ciencia.

La Ciencia, que es esa misma Humanidad que tiene el extraño destino de caminar siempre delante de sí misma y no atinar luego con la huella de sus propios pasos. Que va creando poderes terribles, más fuertes que sus propias fuerzas defensivas contra ellos mismos; que va formando el Derecho Nuevo mientras lucha desesperadamente con su propia creación atrincherada en la vieja Costumbre. Que en su Inteligencia crea la Máquina, base de ese Nuevo Derecho, y luego, por inercia anterior, la entrega al Viejo Derecho en un ademán de desaliento.

Que continúa preconizando la maternidad a ultranza, el Poder como aumento de los hijos, para luego entregar esos hijos a la miseria alineándolos en hambrienta hilera, a la puerta de los talleres mecánicos sustitutos de las antiguas ergástulas.

Malthus no acotó el problema entero. Supuso que el peligro advendría por escasez de elementos de consumo, y es antes al contrario: que viene por exceso de producción industrial. No contó con el poder formidable de la Ciencia creadora que había de convertir en sustancias útiles infinidad de materias antes desaprovechadas; no contó con los productos sintéticos, con la multiplicación geométrica de las fuerzas mecánicas. El hombre, en efecto, llegará a sobrar muy pronto, pero no como consumidor, sino como productor. Su esfuerzo personal no hará virtualmente falta y, por lo tanto, sobrará su personalidad social trabajadora.

Y si el valor del hombre equivale, según el Viejo Derecho, al del importe del trabajo que desarrolla, es claro que el conflicto será pronto insoluble. Es una mercancía que abarata o encarece según su utilidad inmediata.

El problema planteado por el economista inglés no pierde importancia al errar en la trayectoria de su exposición. De un modo o de otro, es igual. El mismo peligro corre un hombre que no come porque no halla trabajo que un hombre que muere de hambre porque no encuentra pan. Son dos caminos que conducen a un mismo precipicio.

Felizmente la razón de la vida humana está en la interpretación del



mundo, y todos cuantos trabajos realiza nuestra mente van encaminados al mismo fin: La comprensión y asimilación del ambiente astral a nuestra sensibilidad humana. El mundo del espíritu no tiene fronteras y no se detiene ante ningún misterio, por mucho que le asuste su presencia.

Cuando el problema de la vida social se presentaba en las edades tenebrosas del medievo, la humanidad adoptaba virtualmente el sistema malthusiano. Que no otro procedimiento era el general misticismo religioso. La Humanidad, perdida en el camino de una vida social terrible, prescindía de ella de hecho al negarse a transmitirla a sus posibles descendientes. Se hacía voto de castidad con frecuencia aterradora y se consideraba como la mayor de las deshonras el faltar a los votos pronunciados. Monjas y frailes, cenobitas y peregrinos pululaban por el mundo causando la admiración y en muchos casos la envidia de los ciudadanos ligados al trabajo y a la familia. Era una religiosidad virtualmente suicida. Sólo se diferenciaba del malthusianismo en que aquéllos místicos despreciaban la vida porque era un camino que bordeaba el Infierno, y estos malthusianos se niegan a transmitirla porque es un camino que bordea la miseria. Total, igual en el resultado. Si la moral social no tuviera más argumentos para combatir el malthusianismo que los argumentos clásicos de la Iglesia, realmente no podría tomárselos en serio. Es una moral que se desmiente a sí misma hoy día, puesto que siguen vigentes los textos sagrados en los que se declara la superioridad espiritual de los célibes sobre los casados y en los que la virginidad es la mayor de las virtudes. De este modo resulta que las teorías religiosas, llevadas estrictamente a la práctica, establecerían el suicidio colectivo con más eficacia que el propio Malthus, ya que al fin la escuela economista eugenética no preconiza los misticismos ni las virginidades, sino precisamente el mejoramiento de la Especie por regulación de la natalidad. Lo seguro es que, ya en los tiempos medievales, el instinto de la conservación adoptó en muchos casos la forma mística, retrayéndose de contribuir a la angustia de la concurrencia humana.

## MATERNIDAD CONSCIENTE

Llegamos, en nuestra lucha por la dilucidación del Derecho Universal, al punto de partida de la Especie Humana. Una especie de Ley de la esfera nos lleva en nuestra investigación hacia los tiempos en los que la cuestión del Derecho comenzaba en la acción misma de procrear.

Entonces, el nacimiento del hijo era el aumento del poder familiar, y por eso de la tribu y más tarde de la Nación. Las leyes sociales subsi-

guientes se basaron estrictamente en este punto de partida: Derecho familiar; aumento de las fuerzas sociales; progresión de la industria; fuerza guerrera, etc., etc.

En el transcurso de la Historia vemos cómo estas Leyes se van adaptando a las circunstancias de manera que la fase del Derecho cambia según el poder de las ambiciones de la humanidad dividida ya en sectores de clases.

Hemos visto cómo la Política es un círculo vicioso de intereses creados sobre aquellas leyes. El camino del Derecho se ha perdido con tanta frecuencia en el fárrago de esas leyes circunstanciales, que al fin de muchos siglos nos hallamos con un concepto del Derecho algo más confuso y no mucho más amplio que el usado en la cueva de Altamira.

La Moral Social, desatendiendo la cuestión del avance del progreso mecánico y la crisis del concepto de la Fuerza, preconiza hoy los mismos medios de lucha selectiva que en los tiempos cavernarios: El aumento de individuos de la Especie. De un modo absoluto, con una visión estrecha del avance espiritual del hombre; sin preocuparse de la felicidad que ha de procurar a esos individuos nuevos a quienes invita al espectáculo de la Vida, pretenden las viejas leyes continuar el sistema ancestral de la procreación a ultranza, inconsciente y ciega, del tiempo de la peste negra.

Ello es que los viejos Poderes, escudados en el viejo Derecho, cierran los ojos a la transformación del mundo. La Ciencia humana, creadora de las nuevas fuerzas mecánicas, no les merece más respeto que los caballos que hacían rotar las viejas norias en tejares y cortijos. El hombre sigue siendo para los poderes clásicos el "material humano" de que hablan los estrategas, y la mujer la "máquina de producir hijos" que decía Napoleón. Es la vieja rutina militar, cruel y autoritaria, de una sociedad anquilosada en el prejuicio de la desigualdad "necesaria".

Pero el camino del Derecho Social es seguro y certero. Mil veces borrado por las pisadas de la arbitrariedad, se deslinda cada día más en las mentes humanas. Cada día es más sutil la estimación de los valores de la vida y del ambiente espiritual. Hay matices de comprensión que nunca existieron en las anteriores civilizaciones, y son precisamente estos matices los que nos llevan a la revisión de los antiguos valores causantes del estado actual de cosas.

Factores antes inapreciados nos hacen discurrir sobre hechos antes tenidos por fatales. Es que la Ciencia proveedora de felicidad ha llegado a disputar los linderos primitivos del Derecho antiguo, estableciendo su cátedra en los mismos umbrales de la vida.



¿Hasta dónde es lícito procrear en las condiciones actuales de la sociedad?

Cuando nuestros ojos contemplan el espectáculo de esos miles de familias proletarias que multiplican una vida miserable, semillero de dolor universal, cebo de codicias ajenas y depósito de detritus fisiológicos, la protesta surge de nuestro corazón como ante un hecho delictivo. Este movimiento instintivo de nuestra sensibilidad indica hasta qué punto ha cambiado el concepto de aquella Moral que se tuvo por intangible e invariable. Lo que antes era un hecho laudable, hoy en nuestro cerebro ronda los linderos del crimen.

Es que nuestro sentimiento del Derecho se ha perfeccionado hasta amparar a los no nacidos. Hasta disputar a los vivos el derecho a traer a la vida seres a quienes aguarda una desgracia segura. Es que este sentimiento del Derecho Nuevo investiga lo por venir, previniéndolo con los métodos científicos logrados en siglos de experiencia dolorosa.

Sabemos bien que, tras de esas familias "numerosas", están las oficinas de Estadísticas añadiendo cifras y cifras a la población total, orgullosas de alcanzar muchos millones de habitantes. No se preguntan por la felicidad o desgracia de esos habitantes; siguen la norma vieja; con que sirvan para coger un fusil o ponerse delante de un cañón o sencillamente abaratar el trabajo humano, ya es suficiente.

Las mujeres actuales serán las primeras en comprender el sentimiento del Nuevo Derecho que nosotros defendemos para ellas. Nadie como la madre sufre las angustias morales y materiales de la familia proletaria numerosa. Ella sola puede explicar hasta qué punto cada nuevo hijo es un torcedor de su conciencia. Sabe a qué vida le trae; pero ante la imposibilidad de evitar su venida cierra los ojos y le recibe con un amor tanto más apasionado cuanto más desesperadamente le ama. Nada puede ofrecerle si no es compartir la miseria de sus hermanos. La presencia del hijo tarado con defecto físico, tuberculoso o hambriento es la acusación presente con que se venga el desgraciado ser de la atrocidad cometida por sus padres. Es un grito permanente de protesta angustiosa el que profiere esa boca y expresan esos ojos infantiles. Grito que perciben sus padres si tienen sensibilidad y que en todo caso percibe la sociedad que acoge al nuevo siervo.

## PACIFISMO

Cuando hablamos de "las mujeres pacifistas", emitimos una idea incompleta o más bien inexacta. Las mujeres no somos pacifistas por doc-

trina y ni aun por sentimiento. Es más: las hembras en general no son pacifistas: son hembras nada más.

Es un carácter genérico del elemento hembra, creado por la Naturaleza como estuche conservador y propagador de la vida. El estuche orgánico "mujer" es elementalmente creador e instintivamente defensor de la Vida Humana. El término "pacifismo" indica escuela de paz como sistema. La mujer, como las demás hembras, no es pacifista por lo absoluto. Cuando hace falta es terriblemente guerrera, instintivamente feroz. En las especies animales se observa la mayor braveza de la hembra en la defensa de la familia. Así la mujer en todos los tiempos. Su papel pasivo en la historia social ha sido estrictamente conservador y propagador de las fuerzas combativas de la Especie. Pacifista en la propagación, guerrero en la defensa. Todo por la Especie; ciegamente, instintivamente.

La Mujer, hembra de la Especie Superior, ha seguido la ley natural de la selección circunstancial, conservando siempre el plano básico de su acción conservadora. La madre griega, parricida consciente por la Patria y por la Raza, sirvió los intereses de la Especie en la medida heroica necesaria. Porque entonces, como en la Edad Media, y como en los primeros tiempos del Moderno, cuando la locura patriótica salvó la crisis de ignorancia científica, acaso era necesario el atropellar el instinto conservador.

Pero la Mujer, en sí misma, es una fuerza pasivamente conservadora, elementalmente necesaria como reóforo de la actividad masculina. Ella no fundará nunca la "escuela pacifista", porque su acción es siempre ferozmente circunstancial por lo instintiva. Pero no hace falta que forme esa escuela determinada, ya que la circunstancia permanente de su vida es la de propagadora de la Vida.

Lo que hace falta, y por eso ha sido el verdadero acierto de la Ciencia al enfrentarse con la mujer como elemento social, era eso: Descubrirla como tal fuerza. Estaba escondido en lo profundo de las capas históricas, como terreno primario de la geología ecuménica. La Ciencia sociológica ha aflorado a la superficie este elemento que tiene contextura propia.

Y en esta afloración estriba la trascendencia formidable del Feminismo. En que expuesto a la acción vivificadora educacional de su sensibilidad procreadora, iluminará su instinto poderoso, le encauzará en los problemas sociales, haciéndoselos comprender en su misma trama histórica.

Y una vez que la hembra humana haya educado sus ojos y sus oídos



en esa Ciencia salvadora, el Pacifismo advendrá solo; automáticamente; sin escuelas especiales ni sistemas determinados.

El día en que la mujer, incorporada a la administración social y política del mundo, mire frente a frente la cuestión primígena del Derecho fundamental como condición de vida de la Especie, se acabaron de hecho los fatales nacionalismos. Esa misma condición física de la Mujer borrará las fronteras. Porque ella es Hembra específicamente y nada más. Y su carácter de hembra, conservadora y defensora de la Vida, impregnará de humanismo todas las leyes en las que tome parte, incorporando en formidable maridaje la Inteligencia al Instinto.

Ese día está cercano y nosotros tenemos el honor de aportar nuestro grano de arena a la gran obra. La Escuela Eugenética es, ni más ni menos, una Escuela de Derecho Fundamental Humano, que ampara a la Especie desde antes de nacer. El día en que las mujeres todas se incorporen a esta Ciencia, comprendiendo la grandeza y profundidad de esta interpretación absoluta del Derecho, ya no se plantearán como problemas importantes las circunstancias del derecho social ni se preguntarán los humanos, como hasta ahora, si hay derecho a triunfar o a ser derrotado; si hay derecho a vivir y quiénes deben vivir.

Se preguntarán sencillamente, previamente, sanamente, si hay derecho a nacer.